

La "Ética planetaria" del señor Vicenç Fisas

Ética planetaria: ¿misión imposible?

El título de un reciente libro de Leonardo Boff me sirve de excusa para retomar lo que seguramente constituye uno de los temas más importantes del nuevo siglo, todavía pendiente: la necesidad de establecer una jerarquía de prioridades en todas nuestras actividades públicas y privadas, con el propósito de lograr una pronta satisfacción de las necesidades más básicas e imprescindibles de cualquier ser humano. La vieja cuestión, en definitiva, de avanzar hacia una ética planetaria que guíe las políticas públicas y el día a día de todos los colectivos sociales.

Sólo que nos tomemos la molestia de hacer un repaso a la prensa de cualquier semana o de dar un vistazo a las Web de los principales organismos internacionales del sistema de Naciones Unidas (UNICEF, ACNUR, OMS, OCHA, etc.), o de las ONG más destacadas, comprobaremos que es posible delimitar con claridad un listado de temas pendientes y recurrentes en el planeta: más de la mitad de los conflictos armados actuales tienen más de 10 años de antigüedad, generan gran cantidad de refugiados y no están en vías de resolución; la epidemia del sida ha adquirido dimensiones bíblicas en el continente africano, y se repiten inundaciones en países que continúan sin tener los medios mínimos para socorrer a sus poblaciones; el cambio climático no es ya una hipótesis, sino el resultado comprobado de una nefasta relación depredadora y agresiva contra la naturaleza... La lista es larga, y tiene como denominador común el sufrimiento y el abandono de millones de personas, la hipoteca del futuro y la falta de iniciativas de calado capaces de revertir las dinámicas negativas que vemos en el mundo.

El inicio del nuevo siglo tendría que ser un estímulo y una oportunidad para revisar a fondo aquellas dinámicas sociales, económicas, políticas y ecológicas que marcan el presente y que condicionan el devenir de la humanidad. Tenemos el deber moral y la responsabilidad de conocer y debatir aquellas tendencias que continúan provocando exclusión, sufrimiento, deterioro ambiental, pérdida de oportunidades, desequilibrios e injusticias, ya sea a nivel regional o internacional. El mundo vive momentos de profunda inquietud ante el surgimiento de nuevos problemas y desafíos, así como por la continuación de viejos e importantes problemas no resueltos, ya sea por la falta de decisión política, por habernos acomodado a una cultura poco dada al sacrificio y a la responsabilidad, por la ausencia de liderazgos internacionales con visión de futuro, por la debilidad de organismos que tendrían que hacer frente a estos retos, o por la pérdida de la conciencia de que pertenecemos a una comunidad biótica.

Las prioridades dadas a cosas superfluas o elitistas, y la falta de coraje político para realizar las necesarias correcciones estructurales que podrían alterar las dinámicas negativas y destructivas del mundo de hoy, provocan al menos una amplia reacción de numerosos sectores de la ciudadanía, que a través de las ONG, los movimientos sociales y otras formas de expresión

ciudadana que utilizan redes, movilizan cada vez un mayor número de personas e instituciones, en una exigencia de decencia planetaria, de un nuevo pacto ético de la humanidad, de cambio de rumbo y de responsabilidad frente a las futuras generaciones. Éste clamor cívico se expresa de múltiples maneras y en diversos frentes, pero es prácticamente visible en su exigencia de respeto a los derechos humanos, de avanzar hacia un desarme efectivo, extender la justicia social, garantizar un desarrollo sostenible para todos, la protección de un medio ambiente amenazado por una práctica económica depredadora, en la denuncia de los efectos excluyentes de la globalización y en el señalamiento de los mecanismos que reproducen la cultura de la violencia.

Ante la lentitud extrema de tantos gobiernos en reaccionar sobre éstos desafíos, ha llegado el momento de imaginarse el cambio de dinámica y de comportamiento que se podría producir a nivel internacional en los temas antes señalados y relativos a la satisfacción de sus necesidades básicas, si existiera una continua complicidad de algunos medios de comunicación, organizaciones sociales y organismos internacionales, como ha sido el caso de la campaña por el acceso a los medicamentos, o, años atrás, con el tema de la prohibición de las minas, en las que se ha producido un apoyo y refuerzo mutuo de estos sectores, con lo que ello comporta de posibilidades de sensibilización hacia el gran público, de participación de estamentos profesionales conectados con el tema y de presión final hacia los sectores que no conciben siquiera reducir un poco sus beneficios para favorecer la obtención de los mínimos de decencia que requiere la humanidad. Los años 90 fueron unos años en los que se puso de manifiesto la pertinencia y la efectividad de la cooperación entre diversos actores y sectores sociales, que han hecho alianzas para lograr objetivos en común, y siempre mediante la sensibilización y movilización de la sociedad. La década que hemos iniciado ha de procurar extender esta cooperación, interactuando más intensamente con los municipios, los organismos internacionales y algunos gobiernos que se sienten responsables y entienden que existe una estrecha interrelación entre la pobreza, la degradación ambiental, la injusticia social, los conflictos violentos y la falta de gobernabilidad.

Termino recordando de nuevo a Boff, cuando señala que el "agravamiento de la pobreza, de la degradación del medio ambiente y del desempleo estructural exigen un nuevo pacto ético de la humanidad, sin el cual el futuro puede ser amenazador para todos". Dicho así, en bruto y de forma diáfana, corremos el riesgo de olvidar las evidencias por el simple hecho de serlo y de no tener respuestas claras sobre cómo afrontarlas en el nuevo siglo. Pero no tiene ninguna gracia que en la época de mayor prosperidad y abundancia económica de la humanidad seamos tan poco capaces de encarar tantos problemas pendientes de primera categoría. Y no tiene gracia porque, como nos recordaba John Berger no hace mucho, la pobreza de nuestro siglo no es el resultado natural de la escasez, sino de un conjunto de prioridades impuestas por los ricos al resto del planeta.

Vicenç Fisas

(Vicenç Fisas es titular de la Cátedra de la UNESCO sobre la Paz y los Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de Barcelona)

Respuesta

Señor Fisas: Yo, ciudadano Josep, le querría explicar brevemente, en contestación de su artículo "Ética planetaria: ¿misión imposible? (EL PAIS" 30/04/01 página 14) la gran perplejidad y estupor que he sentido al leer su artículo periodístico.

No sé si éste refleja en síntesis las conclusiones del "Primer Encuentro Ciudadano Internacional" que acaba de celebrarse en Barcelona. Mucho me temo que así sea.

Posiblemente los ciudadanos no hemos tenido nunca tantas legiones de santones y tribunos, tantas conferencias, forums, o encuentros internacionales, tantas organizaciones solidarias, cooperadoras o humanitarias como en la actualidad. Si sumáramos todas estas organizaciones, contaríamos todos sus funcionarios, y sumáramos los colosales presupuestos que manejan, llegaríamos fácilmente a una sencilla pregunta: ¿cómo es posible que tantos salvadores, tantas organizaciones y tantos medios no sean capaces de evitar que todo siga tan torcido?

La verdad es que ustedes me recuerdan a los sumos sacerdotes de cualquier banda (o asociación embaucadora y malefactora), rodeados de riqueza, pero siempre tan preocupados por la salvación de los pobres. Ustedes me recuerdan también al cura Gapón.

Una primera confusión. *"El propósito de lograr una pronta satisfacción de las necesidades más básicas e imprescindibles de cualquier ser humano"* no constituye *"uno de los temas"* más importantes del nuevo siglo. Esta ha sido una necesidad de los seres humanos desde los tiempos más remotos. Una necesidad que siempre hemos satisfecho con nuestro esfuerzo, con nuestro trabajo, con nuestra inventiva, con nuestra capacidad de transformar la naturaleza y de crear nuevas herramientas que facilitaran nuestras labores. Este afán es el que ha guiado el día a día de los hombres y el de las sociedades humanas.

Ninguna "ética planetaria" ha guiado este camino., señor Fisas. Ninguna nueva "ética planetaria" podrá interrumpir tampoco este camino.

Lo que constituye un hecho realmente extraordinario de este nuevo siglo (comparado con los anteriores) es nuestra gran capacidad para resolver con extrema facilidad la pronta satisfacción de las necesidades más básicas e imprescindibles de cualquier ser humano. Nuestra capacidad para



resolver nuestros problemas ha venido determinada por la ciencia, por los conocimientos científicos que hemos alcanzado.

Me parece que no hace falta explicarle, señor Fisas, la terrible batalla que la Ciencia (la actividad humana creadora) ha librado con la falsedad, el dogmatismo, la mezquindad, los brujos, las instituciones religiosas, éticas, morales, políticas, ...de todas las épocas. No hace falta explicarle que mientras la Ciencia necesita libertad, el Poder necesita sumisión; mientras la ciencia necesita rigor científico, el Poder necesita brujería.

Pues bien, escojamos definitivamente el camino del rigor científico: Pongamos la ciencia y no la ética al servicio de la solución de nuestros problemas.

Segunda confusión. Se perfectamente que algunas personas (especialmente los funcionarios de los organismos directivos) son propensas a los *"listados de temas pendientes y recurrentes en el planeta"*. Mayor Zaragoza los llama "retos" y en su libro "Un mundo nuevo" encabeza uno de ellos con estas palabras: *"en el próximo siglo crecerá una pobreza nunca vista, cuyas víctimas, fantasmagóricas siluetas nocturnas, anhelerán, al otro lado de cristales brindados de el apartheid social y de el apartheid urbano, una riqueza sin precedentes, encerrada detrás de altos muros de unos paraísos que se venderán por catálogo"*.

Este "listado de temas" o "retos" para un analista científico serían los "síntomas" de un problema que cabe analizar para encontrar sus causas y para luego determinar las soluciones. "Un mundo nuevo" se escribió en 1999 y en el poco tiempo transcurrido podemos constatar que los "síntomas" han empeorado y las organizaciones humanitarias han tenido ocasión de añadir nuevas cifras... a las listas de los temas pendientes y recurrentes en el planeta.

Pero para algunos no se trata de un problema a diagnosticar y resolver. Se trata de una "tendencia", de unas "dinámicas sociales, económicas, políticas y ecológicas" que hacen surgir "nuevos problemas y desafíos" que se añaden a "viejos e importantes problemas no resueltos"

Los grandes ideólogos del liberalismo también nos hablan frecuentemente de estas tendencias generales inherentes al desarrollo de la economía mundial que producen situaciones de pobreza y de desigualdad. A unos y a otros les asusta la miseria y la desesperación que se está provocando. En su mundo de opulencia les molesta observar la calamidad que les rodea. Unos proponen grandes muros para no verla. Otros proponen una pequeña tasa para disimularla.

Pero lo que importa realmente a los ciudadanos es resolver el problema.

Todo esto no resuelve, dice usted, por *"la falta de decisión política, por habernos acomodado a una cultura poco dada al sacrificio y a la responsabilidad, por la ausencia de liderazgos internacionales con visión de*



futuro, por la debilidad de organismos que tendrían que hacer frente a estos retos, o por la pérdida de conciencia de que pertenecemos a una comunidad biótica".

Yo no entiendo como un catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona me podría explicar el proceso de desarrollo de la humanidad a partir de éstas consideraciones.

Mire, señor Fisas, una gran parte de los ciudadanos del mundo saben de la existencia de unas estructuras de poder que en todas las épocas han puesto las máximas dificultades para que los hombres fuéramos protagonistas de nuestra vida, beneficiarios de nuestro trabajo, que comprendiéramos que somos la única especie creadora y transformadora. Siempre su beneficio privado ha pasado por encima de nuestra felicidad. Estas estructuras de poder han estado armadas de un gran poder de decisión política hasta límites insospechados. Y de una gran fuerza embaucadora (la religión) para someternos al sacrificio y a la sumisión hasta la muerte. Se han dotado de organismos controladores, recaudadores, represivos, etc. que con una gran visión de futuro han organizado fría y calculadamente sus dominios. Han dispuesto de grandes soldadescas y grandes medios para hacer posible su liderazgo y su piratería internacional. Nunca han perdido la conciencia de son los elegidos, los líderes, los amos, los poderosos, los ganadores de la comunidad biótica.

Cuando más se ha concentrado el poder (que usted llama "*efectos perversos y excluyentes de la globalización*") más evidente se ha hecho su poder de decisión política, su pensamiento único, sus liderazgos internacionales, sus organismos decisorios, su visión de futuro y su conciencia del poder.

Pero usted se extraña "*ante la lentitud extrema de tantos gobiernos en reaccionar sobre estos desafíos*".

No, señor. Los gobiernos actuales se están demostrando en rapidísimos y decididos gestores de unas decisiones políticas y sociales que harían temblar a cualquier analista científico de nuestro siglo. Y en la medida que el sistema deviene más barbarie, más carácter militar y represivo tienen los gobiernos indistintamente si están dirigidos por cineastas, socialistas, socialdemócratas, por la KGB o por la Cosa Nostra.



Estas estructuras de poder han salvaguardado la propiedad privada sobre los hombres, sobre los recursos naturales, sobre las tierras, sobre las herramientas de trabajo, sobre la aplicación de los conocimientos. Esta estructura de poder ha convertido el trabajo de los hombres en beneficio privado de los propietarios. Nunca han querido "*reducir un poco sus beneficios para favorecer la obtención de los mínimos de decencia que requiere la humanidad*".

¿Me puede decir usted señor Vicens Fisas un solo momento en la historia de la Humanidad que haya sucedido un hecho benefactor de éstas características?

Tercera confusión. Es evidente que el clamor cívico, que se expresa de múltiples maneras y en diversos frentes, como usted dice, es cada día más "exigente".

Yo no entiendo como usted puede hablar de ciudadanos "más exigentes" cuando se trata de millones de hombres, mujeres y niños desesperados, hambrientos, enfermos o con una renta en constante reducción y sin posibilidad de futuro: estamos hablando de 800 millones de hambrientos, de 2000 millones que carecen de alimentos, de 1000 millones que no tienen acceso a servicios sanitarios, de 900 millones de analfabetos, de 1400 millones que no tienen acceso directo al agua potable, de 2000 millones que no tienen conexión a la red eléctrica, de 4500 millones que no tienen acceso a los medios de comunicación básicos, de 3000 millones (la mitad de la Humanidad) que viven en la pobreza con menos de dos dólares al día.

A estos ciudadanos desesperados usted les propone un pacto, "en la época de mayor prosperidad y abundancia económica de la humanidad". Un pacto ético.

Un pacto, ¿de quién con quién?

Los ciudadanos de Guinea o del Sudán no necesitan pactos; necesitan agua. Los niños del Camerún no necesitan pactos; necesitan escuelas. Los campesinos del Brasil no necesitan pactos; necesitan tierras, semillas y maquinaria. Los ciudadanos de Sudáfrica no necesitan pactos; necesitan vacunas y hospitales. Los ucranianos no necesitan pactos; necesitan combustible. Los ciudadanos norteamericanos sin techo no necesitan pactos; necesitan viviendas. Nuestros jóvenes no necesitan pactos; necesitan medios e ilusiones para desarrollar su potencial. Nuestros investigadores no necesitan pactos; necesitan instrumentos y libertad para desarrollar sus iniciativas... Los más de 1000 millones de personas que en los próximos 25 años se incorporarán a nuestra gran familia humana necesitarán no de pactos sino de infraestructuras educativas, de vivienda, de saneamiento, de sanidad, etc.

Los pactos éticos que necesitan estos millones de seres humanos los podríamos llamar, más sencillamente, en una simple acometida eléctrica para poner en marcha un molino, una bomba de extracción de agua, una sierra eléctrica, los instrumentos en los hospitales, la luz en las escuelas, la conexión a Internet, etc. Pero, mire usted, países tan deficitarios de energía como Argelia (primer proveedor de gas de España) va a invertir próximamente 2.000 millones de dólares en la construcción de dos centrales de ciclo combinado para suministrar



electricidad a las empresas españolas a través de un cable marino de más de 140 kilómetros.

Sonelgaz, la empresa pública argelina del sector, tiene ya la oferta de ENDESA para llevar a cabo el proyecto que va a suponer exportar al mercado español casi un tercio de la potencia total instalada en Argelia. Mientras, dos de cada tres jóvenes argelinos están en paro y el poder adquisitivo de la población ha caído a la mitad desde hace una década.

En los EEUU la industria de la energía tiene ya en marcha unas inversiones extraordinarias para afrontar un aumento de la demanda sin precedentes. Se ha planificado la construcción de más de 1300 nuevas centrales eléctricas; de más de 1000 nuevas perforaciones de petróleo en el Ártico, en Méjico, etc.; de casi 14.400 kilómetros de gaseoductos y oleoductos; y hasta de nuevas plantas nucleares (un 20% de la energía que usan los norteamericanos procede de 103 plantas nucleares en funcionamiento).

Mientras, los ciudadanos americanos, desde Méjico a Tierra de Fuego ven acrecentar su miseria y su exclusión.

¿Es un problema ético, o simplemente es un problema de propiedad de los recursos?

Cuarta confusión. Cuando usted habla de la ciudadanía "exigente" debe referirse a los sectores de las sociedades industrializadas que muestran cada día más rechazo a este estado de cosas. Pero me parece que se equivoca. No se trata de "ciudadanos exigentes". Se trata de ciudadanos seriamente "resistentes" y "opositores" a un orden social de barbarie que ahoga toda posibilidad de progreso para la Humanidad.

Estos ciudadanos no han abrazado ningún nuevo código ético, moral o religioso que les ha convertido en grandes filósofos humanistas o héroes redentores de la especie. No.

Estos ciudadanos son fruto de unas décadas en donde estas sociedades industrializadas han alcanzado unos niveles de vida aceptables; en donde las necesidades de alimentos, de vivienda, de sanidad han estado más o menos cubiertas; en donde miles de jóvenes se han incorporado a la escuela, a los centros de estudio y de investigación, a las universidades; en donde han dispuesto de medios para poder instruirse y trabajar con más o menos seguridad y posibilidad de iniciativa; en donde se han adquirido grandes conocimientos y se ha avanzado en nuevas herramientas que han hecho más fácil y más efectivo el trabajo; y en donde, fundamentalmente, se ha integrado a la actividad cotidiana de las personas (en el estudio, en el trabajo, en la investigación, etc.) el rigor científico.

El rigor científico que necesariamente los ciudadanos hemos de incorporar a nuestra actividad para desarrollar nuestras sociedades choca con la inoperancia de los gobiernos, la palabrería de los políticos, las leyes irracionales del mercado, y la inutilidad de centenares de organizaciones burocráticas y mafiosas al servicio de unos intereses inconfesables y despóticos.

Mientras la sociedad avanza en la posibilidad de solución de los problemas con análisis rigurosos, métodos científicos, soluciones aplicables y contrastadas... el poder tiende a la irracionalidad y a la barbarie.

Esta es la gran contradicción que han descubierto los ciudadanos que usted llama... "exigentes".

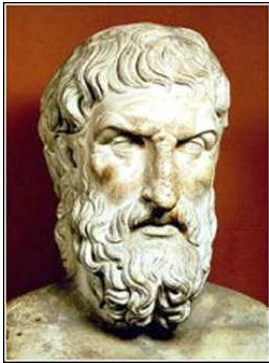
Una última cuestión. Yo querría también hablar de ética.

El proceso en el conocimiento nos ha abierto las puertas a los "homo sapiens" al extenso mundo de la Ciencia del comportamiento y del pensamiento humano.

Adoramos y le ofrecimos tributos al dios del trueno hasta que un científico nos explicó sus causas y la manera de dominar un fenómeno de la naturaleza. Cambiamos nuestro comportamiento y nuestro pensamiento se libró del oscurantismo en que la ignorancia lo atenazaba.

Los ciudadanos siempre hemos escuchado y reconocido a los hombres que han abierto puertas a favor de nuestro conocimiento porque nos ha permitido alcanzar un comportamiento más humano. La Ciencia nos humaniza. Los ciudadanos nos atemorizan aquellos hombres embaucadores que nos cierran las puertas al conocimiento y nos hacen retroceder a etapas de bestialidad, irracionalidad y barbarie.

Desde Demócrito y Epicuro hasta nuestros días miles de hombres han



intentado hacer ciencia para explicar el comportamiento humano, de la misma manera que lo hemos intentado con las matemáticas, la física, la química o la biología. Mientras en las últimas el rigor científico ha vencido a la brujería, y las hemos podido elevar a ciencia, en las primeras la especulación las mantiene en la brujería. De esta manera observamos como la ética, la moral, la política, la filosofía, la sociología, la historia, ... y hasta la economía continúan sumergidas en la categoría de pseudo- ciencias inverificables y especulativas...

Mientras la ciencia sigue avanzando con el rigor científico, las cuestiones sobre la vida y la organización de las personas se siguen decidiendo en base a especulaciones éticas, políticas, morales, religiosas, sociológicas, o económicas... por quienes hacen de su verborrea y charlatanería sin sentido verdaderas conjuras de vudú.

Yo pues, le invito a usted señor Fisas que abandone el camino de la palabrería de la sinrazón y se una a los ciudadanos que a contracorriente intentan también usar el rigor científico para explicar el comportamiento y el pensamiento de los humanos y que luchan porque sea la ciencia y no la brujería la que nos ayude a solucionar nuestros problemas.

Josep (mayo 2001)